



LA NOGHEBUENA DEL POETA
PEDRO ANTONIO DE ALARGON
1855

LA NOCHEBUENA DEL POETA

"En un rincón hermoso
De Andalucía,
Hay un valle risueño...
¡Dios lo bendiga!
Que en ese valle
Tengo amigos, amores,
Hermanos, padres."

(De *El látigo*.)

I

Hace muchos años (¡como que yo tenía siete!) que, al oscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Avemarías al toque de Oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro, hoy no te acostarás a la misma hora que las gallinas; ya eres grande, y debes cenar con tus padres y con

tus hermanos mayores. Esta noche es *Nochebuena*.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché tales palabras.

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigí una mirada de triunfo a aquellos de mis hermanos que eran más pequeños que yo, y me puse a discurrir el modo de contar en la escuela, después del día de Reyes, aquella primera

aventura, aquella primera calaverada, aquella primera disipación de mi vida.

II

Eran ya *las Animas*, como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo, a noventa leguas de Madrid, a mil leguas del mundo, en un pliegue de Sierra Nevada!

¡Aún me parece veros, padres y hermanos! Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar; la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba; en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en nuestra casa a presidir la ceremonia de familia; en seguida se hallaban mis padres, luego nosotros, y entre nosotros, los criados...

Porque en aquella fiesta todos representábamos la *Casa*, y a todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban de pie y las criadas acurrucadas o de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta a la lumbre.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea, ¡por aquel camino de los duendes!

¡Y el viento silbaba a lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa, y yo los acompañaba, a pesar suyo, con una gran zambomba.

¿Conocéis la canción de los *Aguinaldos*, la que se canta en los pueblos que caen al oriente del *Mulhacem*?

Pues a esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente:

Esta noche es Nochebuena,
Y mañana Navidad;
Saca la bota, María,
Que me voy a emborrachar.

Y todo era bullicio; todo contento. Los roscos, los mantecados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosoli, el aguardiente de guindas circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir a la *Misa del Gallo* a las doce de la noche, y a los *Pastores* al romper el alba y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento*

que habíamos puesto los muchachos en la torre...

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó a mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquél un raptó de intuición impropia de mi edad; fué milagroso sentimiento; fué un anuncio de los infatigables tedios de la poesía; fué mi primera inspiración... Ello es que vi con una lucidez maravillosa el fatal destino de las tres generaciones allí juntas, y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entraba ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna. ¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo! ¡Y todos los siglos habrían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!...

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va...

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos, contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

¡Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más!

¡Concepto horrible, sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que me daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Nochebuenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre; los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera Nochebuena de mi familia; todas aquellas dichas de

mi casa anteriores a mis siete años... ¡Y luego adiviné, y desfilaron también ante mis ojos, mil *Nochebuenas* más, que vendrían periódicamente, robándonos vida y esperanza; alegrías futuras, en que no tendríamos parte todos los allí presentes, mis hermanos, que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que, naturalmente, morirían antes que nosotros; *nosotros*, solos en la vida; el siglo XIX sustituido por el siglo XX; aquellas brasas hechas ceniza; mi juventud evaporada; mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitude con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían, cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos!...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba, y, como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corrieron juntas, por consiguiente, mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una cena a que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), o por ser ya demasiado hombre (según deduzco yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida.

Debi al cabo de dormirme, pues no recuerdo si quedaron o no en conversión la Misa del Gallo, la de los Pastores y el sorbete proyectado.

III

¿Dónde está mi niñez?

Paréceme que acabo de contar un sueño.

¡Qué diablo! ¡Ancha es Castilla!

Mi abuela paterna, la que cantó la copla, murió hace ya mucho tiempo.

En cambio, mis hermanos se casan y tienen hijos.

El arpa de mi padre rueda entre los muebles viejos rota y descordada.

Yo no ceno en mi casa hace algunas *Nochesbuenas*.

Mi pueblo ha desaparecido en el océano de mi vida, como islote que se deja atrás el navegante.

Yo no soy ya aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de angustia que penetraba temblando en la existencia.

Yo soy ya... ¡nada menos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engreie de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de usted!!!

¡Oh! Cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma descubierta y templada como piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes, con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años en un rincón de Andalucía, sonrío me por fuera, y hasta lanzo una carcajada que considero de muy buen tono, mientras que mi solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que no las vea nadie, lágrimas de infinita melancolía...

¡Lágrimas santas, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!

IV

Conque vamos al negocio; pues, como dicen los muchachos por esas calles de Dios:

Esta noche es Nochebuena
Y no es noche de dormir,
Que está la Virgen de parto
Y a las doce ha de parir.

¿Dónde pasaré la noche?

Afortunadamente, puedo escoger.

Y, si no, veamos.

Estamos a 24 de diciembre de 1855, en Madrid.

Conocemos por su nombre a los mezos de los cafés.

Tratamos tú por tú a los poetas aplaudidos—semidioses, por más señas, para los aficionados de provincias.

Visitamos los teatros por dentro, y los actores y los cantantes nos estrechan las manos entre bastidores.

Penetramos en la redacción de los periódicos, y estamos iniciados en la alquimia que los produce. Hemos visto los dedos de los cajistas tiznados con el plomo de la palabra, y los dedos de los escritores tiznados con la tinta de la idea.

Tenemos entrada en una tribuna del Congreso, crédito en las fondas, tertulias que nos aprecian, sastré que nos soporta...

¡Somos felices! Nuestra ambición de adolescente está colmada. Podemos divertirnos mucho esta noche. Hemos tomado la tierra. Madrid es país conquistado. ¡Madrid es nuestra patria! ¡Viva Madrid!

Y vosotros, jóvenes provincianos, que, a la caída de la tarde, en el otoño, solitarios y tristes, sacáis a pasear por el campo vuestros impotentes deseos de venir a la corte; vosotros, que os sentís poetas, músicos, pintores, oradores, y aborrecéis vuestro pueblo, y no habláis con vuestros padres, y lloráis de ambición, y pensáis en suicidaros...; vosotros... ¡reventad de envidia, como yo reventé de placer!

V

Han pasado dos horas.

Son las nueve de la noche.

Tengo dinero.

¿Dónde cenaré?

Mis amigos, más felices que yo, olvidarán su soledad en el estruendo de una orgía.

—¡La noche es de vino!—exclamaban hace poco rato.

Yo no he querido ser de la partida...

—La noche es de lágrimas—les he contestado con desdén.

Mis tertulias están en los teatros. ¡Los madrileños celebran la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo oyendo disparatar a los comediantes!

Algunas familias, en las que soy extranjero, me han querido dar la limosna de su calor doméstico, convidándome a comer—¡porque ya no cenamos!...— Pero yo no he ido; yo no iré; yo no quiero eso; yo busco mi cena pascual, la colación de *Nochebuena*, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma..., ¡la Religión que me enseñaron cuando niño!

VI

¡Ah! Madrid es una posada.

En noches como ésta se conoce lo que es Madrid.

Hay en la corte una población flotante, heterogénea, exótica, que pudiera compararse a la de los puertos fran-

cos, a la de los presidios, a la de las casas de locos.

Aquí hacen alto todos los viajeros que van de paso al porvenir, al reino fantástico de la ambición, o los que vuelven de la miseria y del crimen...

La mujer hermosa viene aquí a casarse o a prostituirse.

La pasiega deshonrada, a criar.

El mayorazgo, a arruinarse.

El literato, por gloria.

El diputado, a ser ministro.

El hombre inútil, por un empleo.

Y el sabio, el inventor, el cómico, el poeta, el gigante, el enano; así el que tiene una rareza en el alma, como el que la tiene en el cuerpo; lo mismo el monstruo de siete brazos o de tres narices, que el filósofo de doble vista; el charlatán, que el reformador; el que escribe melodías sublimes, que el que hace billetes falsos, todos vienen a vivir algún tiempo a esta inmensa casa de huéspedes.

Los que logran hacerse notar; los que encuentran quien los compre; los que se enriquecen a costa de sí mismos, se tornan en posaderos, en caseros, en dueños de Madrid, olvidándose del suelo en que se criaron...

Pero nosotros, los caminantes, los inquilinos, los forasteros, nos damos cuenta esta noche de que Madrid es un vivac, un destierro, una prisión, un purgatorio...

Y por la primera vez en todo el año conocemos que ni el café, ni el teatro, ni el casino, ni la fonda, ni la tertulia son nuestra casa...

Es más: ¡conocemos que nuestra casa no es nuestra casa!

VII

La *Casa*, aquella mansión tan sagrada para el patriarca antiguo, para el ciudadano romano, para el señor feudal, para el árabe; la *Casa*, arca santa de los penales, templo de la hospitalidad, tronco de la raza, altar de la familia, ha desaparecido completamente en las capitales modernas.

La *Casa* existe todavía en los pueblos de provincia.

En ellos, nuestra casa es casi siempre nuestra...

En Madrid, casi siempre es del casero.

En provincias, cuando menos, la casa nos alberga, veinte, treinta, cuarenta años seguidos...

En Madrid se muda de casa todos los meses, o, a más tardar, todos los años.

En provincias, la fisonomía de la casa siempre es igual; simpática, cariñosa; envejece con nosotros; recuerda nuestra vida; conserva nuestras huellas...

En Madrid se revoca la fachada todos los años bisiestos; se visten las habitaciones con ropa limpia; se venden los muebles que consagró nuestro contacto.

Allí nos pertenece todo el edificio: el verboso patio, el corral lleno de gallinas, la alegre azotea; el profundo pozo, terror de los niños; la torre monumental; los anchos y frescos cenadores...

Aquí habitamos medio piso, forrado de papel, partido en tugurios, sin vistas al cielo, pobre de aire, pobre de luz.

Allí existe el afecto de la vecindad, término medio entre la amistad y el parentesco, que enlaza a todas las familias de una misma calle...

¡Aquí no conocemos al que hace ruido sobre nuestro techo, ni al que se muere detrás del tabique de nuestra alcoba, y cuyo estertor nos quita el sueño!

En provincias todo es recuerdos, todo amor local; en un lado, la habitación donde nacimos; en otro, la en que murió nuestro hermano; por una parte, la pieza sin muebles en que jugábamos cuando niños; por otra, el gabinete en que hicimos los primeros versos...; y en un sitio dado, en la cornisa de una columna, en un artesonado antiguo, el nido de golondrinas, al cual vienen todos los años dos fieles esposos, dos pájaros de Africa, a criar una nueva prole...

En Madrid se desconoce todo esto.

¿Y la chimenea? ¿Y el hogar? ¿Y aquella piedra sacrosanta, fría en el verano y durante las ausencias, caliente y acariciadora en el invierno, en aquellas noches felices que ven la reunión de todos los hijos en torno de sus padres, pues hay vacaciones en el colegio, y los casados han acudido con sus pequeñuelos, y los ausentes, los hijos pródigos, han vuelto al seno de su familia? ¿Y ese hogar?... Decidme, ¿dónde está ese hogar en las casas de la corte?

¿Será un hogar acaso la chimenea francesa, fábrica de mármol y hierro, que se vende en públicos bazares, y hasta se alquila, en caso necesario?

¡La chimenea francesa! ¡He aquí el símbolo de una familia cortesana! ¡He aquí vuestro hogar, madrileños! ¡Hogar sujeto a la moda; hogar que se enajena cuando está antiguo; hogar que muda de habitación, de calle y de patria; hogar, en fin (y esto lo dice todo), que se empeña en un día de apuro!

VIII

He pasado por una calle, y he oído cantar sobre mi cabeza, entre el ruido de copas y platos y las risas de alegres muchachas, la copla fatídica de mi abuela:

La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va,
Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

—He ahí (me he dicho) una casa, un hogar, una alegría, un besugo y una sopa de almendra que pudiera comprar por tres o cuatro duros...

En esto, me ha pedido limosna una madre que llevaba dos niños: el uno en brazos, envuelto en deshilachado mantón, y el otro, más grande, cogido de la mano. ¡Ambos lloraban, y la madre también!

IX

No sé cómo he venido a parar a este café, donde oigo sonar las doce de la noche, ¡la hora del Nacimiento!

Aquí solo, aunque bulle a mi alrededor mucha gente, he dado en analizar la vida que llevo desde que abandoné mi casa paterna, y me ha horrorizado por primera vez esta penosa lucha del poeta en Madrid: ¡lucha en que sacrifica a una vana ambición tanta paz, tantos afectos!

¡Y he visto a los vates del siglo XIX convertidos en gacetilleros; a la Musa, con las tijeras en la mano despedazando *suelos* y noticias; a los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la Patria, zurcir hoy *artículos de fondo*, para rehabilitar un partido político, y ganar cincuenta duros mensuales!... ¡Pobres hijos de Dios! ¡Pobres poetas!

Dice Antonio Trueba (a quien dedico estos renglones):

Hallo tantas espinas
En mi jornada,
Que el corazón me duele,
¡Me duele el alma!...

¡He aquí mi *Nochebuena* del presente, mi *Nochebuena* de hoy!

Luego he tornado otra vez la vista a las *Nochesbuenas* de mi pasado, y, atravesando la distancia con el pensamiento, he visto a mi familia, que en esta hora patética me echará de menos; a mi madre, estremeciéndose cada vez que gi-

me el viento en el cañón de la chime-
nea, como si aquel gemido pudiese ser
el último de mi vida; a unos diciendo:
“¡Tal año estaba aquí!” A otros: “¿Dón-
de estará ahora?...”

¡Ay, no puedo más! ¡Yo os saludo a
todos con el alma, queridos míos! Sí;
yo soy un ingrato, un ambicioso, un
mal hermano, un mal hijo. ¡Pero, ¡ay!
otra vez, y ¡ay! cien mil veces! Yo
siento en mí una fuerza sobrenatural
que me lleva hacia adelante y que me
dice: ¡Tú serás! ¡Voz de maldición que
estoy oyendo desde que yacía en la
canal

Y ¿qué he de ser yo, desdichado? ¿Qué
he de ser?

Y nosotros nos iremos
Y no volveremos más.

¡Ah! Yo no quieroirme; yo quie-
ro volver; inmolo demasiado en la con-
tienda para no salir victorioso; triun-
faré en la vida y triunfaré de la muer-
te... ¿No ha de tener recompensa esta
infinita angustia de mi alma?

Es muy tarde.

La copla de la difunta sigue revoloteando sobre mi cabeza:

La Nochebuena se viene...

¡Ah, sí! ¡Vendrán otras *Nochesbuenas*
—me he dicho—, reparando en mis po-
cos años.

Y he pensado en las *Nochesbuenas* de
mi porvenir.

Y he empezado a formar castillos en
el aire.

Y me he visto en el seno de una fa-
milia venidera, en el segundo crepúscu-
lo de la vida, cuando ya son frutos las
flores del amor.

Ya se había calmado esta tempestad
de amor y lágrimas en que zozobro, y

mi cabeza reposaba tranquila en el re-
gazo de la paciencia, ceñida con las flo-
res melancólicas de los últimos y ver-
daderos amores.

¡Yo era ya un esposo, un padre, el
jefe de una casa, de una familia!

El fuego de un hogar desconocido ha
brillado a lo lejos, y a su vacilante luz
he visto a unos seres extraños que me
han hecho palpar de orgullo.

¡Eran mis hijos!

Entonces he llorado...

Y he cerrado los ojos para seguir
viendo aquella claridad rojiza, aquella
profética aparición, aquellos seres que
no han nacido...

La tumba estaba ya muy próxima...
Mis cabellos blanqueaban...

Pero ¿qué importaba ya? ¿No deja-
ba la mitad de mi alma en la madre de
mis hijos? ¿No dejaba la mitad de mi
vida en aquellos hijos de mi amor?

¡Ay! En vano quise reconocer a la
esposa que compartía allí conmigo el
anochecer de la existencia...

La futura compañera que Dios me
tenga destinada, esa desconocida de mi
porvenir, me volvía la espalda en aquel
momento...

¡No; no la veía!... Quise buscar un
reflejo de sus facciones en el rostro de
nuestros hijos, y el hogar empezó a apa-
garse.

Y cuando se apagó completamente, yo
seguía viéndolo...

¡Era que sentía su calor dentro de
mi alma!

Entonces murmuré por última vez:

La Nochebuena se va...

Y me quedé dormido..., como pude
quedarme muerto.

Cuando desperté, se había ido ya la
Nochebuena.

Era el primer día de Pascua.